

ricia, se distinguirá por dos caracteres. Latente ó manifiesta, será permanente en ella la guerra de los que no tienen contra el que tiene. Revoluciones incesantes traerán catástrofes sin fin, como justo castigo de gente que cambió su Dios por el becerro de oro. La locura reemplazará la razón, el tiempo será preferido á la eternidad, lo que es ménos á lo que es más.

¿Qué sabiduría, qué buen sentido, pregunta la Escritura, qué elevación de inteligencia puede quedar á aquel que está soldado á su arado, que constituye su gloria en sus máquinas y en la aguijada con que pica á los bueyes, que no habla más que de pastos, agricultura y trabajos materiales, cuyas conversaciones son todas de becerros, cuyo corazón está hundido en los surcos de sus tierras y su pensamiento en la manteca de sus vacas (1)?

Salvar al mundo de semejante degradación, ¿no será hacerle un beneficio inmenso? ¿De quién se puede esperar? ¿Acaso de los legisladores, filósofos ú otros semejantes? No, de modo alguno, sino del Espíritu de consejo, y solo de él. ¡Y el mundo lo olvida!

1. Avaro nihil est scelestius; nihil est iniquius quam amare pecuniam.. hic enim et animam suam venalem habet. *Eccles.*, x, 9, 10. *Eph.*, v, 5. *Eccl.*, xxvii, 1.—¿Qua sapientia replebitur qui tenet aratrum, et qui gloriatur in jaculo, stimulo boves agit, et conversatur in operibus eorum, et enarratio ejus in filiis taurorum? Cor suum dabit ad versandos sulcas et vigilia in sagina vaccarum. *Eccl.*, xxxviii, 25-27.

CAPITULO XXXII.

EL DON DE ENTENDIMIENTO.

SUMARIO.—Lo que es.—En qué se diferencia de la fé y del don de ciencia.—Sus efectos obra sobre el entendimiento y sobre la voluntad.—De qué modo.—Ejemplo de los apóstoles.—Lo que es el cristiano sin el don de entendimiento.—Lo que es cuando lo posee.—Su necesidad.—De qué espíritu nos libra.—Palabras de San Antonino.—El espíritu de gula y sus efectos.—La debilitación de la inteligencia.—La loca alegría.—La inmodestia.—La pérdida de la fortuna y de la salud.—Cuadro del sensualismo actual.

En medio de las tinieblas de la noche, el niño distingue entre mil la voz de su padre; tan pronto como la oye, corre hácia donde esa voz le llama. Lo mismo pasa con el alma dirigida por el don de consejo. Entre los diferentes partidos que se le presentan y los movimientos diversos que la solicitan, distingue sin trabajo el partido que debe tomar y el movimiento que ha de seguir. El don de consejo, obrando sobre la voluntad, no menos que sobre el entendimiento, imprime al alma un fuerte impulso que la hace vencer los movimientos de la naturaleza y la torna dócil á los movimientos de la gracia. De aquí nace una rectitud de intención, una pureza de los afectos y una sabiduría de conducta que hacen divina su vida entera. De aquí también resulta una generosidad constante y á veces heroica para hacer toda clase de sacrificios y desasirse de los obstáculos que le impedirían llegar á la perfección.

Si nos quedamos en el mundo, es el desapego de las criaturas y en especial de las riquezas: si el impulso es más

fuerte, es el abandono completo de los bienes criados mediante los tres votos religiosos, que son principio de gloria para la Iglesia y de beneficios para la sociedad. En el siglo, como en el claustro, quedamos libres del espíritu de avaricia, causa incesante de que se pierdan infinitas almas. Tales son en compendio los efectos del don de consejo.

Más noble es todavía, el don de entendimiento ó inteligencia. Para conocer la naturaleza y extension de las riquezas incomparables de este nuevo elemento deificador, vamos á estudiar, como en los otros, las tres cuestiones siguientes: ¿Qué es el don de entendimiento? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál su necesidad?

1.º ¿Qué es el don de entendimiento? *El entendimiento es un don del Espíritu Santo, que nos hace comprender y penetrar las verdades sobrenaturales* (1). La palabra *entendimiento* ó inteligencia tanto vale como cierto conocimiento íntimo; viene de la latina *intelligere*, que significa *leer interiormente, intus legere*. El conocimiento de los seres que afectan nuestros sentidos, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, se limita á las cualidades exteriores; mas el conocimiento intelectual penetra hasta la esencia de las cosas.

Ahora bien, hay muchas cosas que están como ocultas debajo de velos y que sólo la inteligencia puede penetrar. De esta manera se oculta bajo las formas exteriores la sustancia de los seres; bajo las palabras, lo que ellas significan; bajo las comparaciones y figuras, la verdad figurada; y en los efectos, las causas. Cuanto mayor es la fuerza de nuestro entendimiento, más íntimamente penetra las cosas.

1. Donum intellectus est habitus, qui dicitur lumen supernaturale, superadditum lumini naturali, datum homini ad intelligendum et penetrandum ea quæ nobis supernaturaliter innotescunt. *Fig.*, c. XIII, pár. 2.

Nuestra luz natural no tiene mas que un alcance limitado, incapaz de penetrar más allá de ciertos límites. Sin embargo, el hombre ha sido criado para un fin sobrenatural, y no puede conseguirlo sino en cuanto lo conozca juntamente con los medios de llegar á él. Tiene, pues, necesidad de una luz sobrenatural para entender lo que excede el alcance natural de su entendimiento. Esta luz sobrenatural, comunicada al hombre por el Espíritu Santo, se llama el don de entendimiento (1).

Se ve ya, en qué se diferencia este don, de la inteligencia natural, de la fé y del don de ciencia. La inteligencia sobrenatural ó el don de entendimiento va más lejos, y no proviene de la naturaleza, sino de la gracia; y *penetra*, no solamente las verdades del orden puramente humano, sino las del orden sobrenatural (2).

Se diferencia de la fé, cuyo oficio propio es hacernos asentir firmemente á las verdades del orden sobrenatural; en tanto que el don de inteligencia nos hace penetrar y comprender estas verdades cuanto un hombre es capaz de ello. Si bien el don de inteligencia, dice San Antonino, corresponde á la fé y la supone, no se sigue de ahí que pueda, como la fé, estar en el hombre sin la gracia santificante. La razon es, que la fé implica el simple asentimiento á la verdad, asentimiento que puede existir en virtud de la luz del entendimiento independientemente de la gracia. Pero el don de inteligencia lleva consigo cierta penetracion de la verdad en su relacion con nuestro fin último, penetracion

1. Et illud lumen supernaturale homini datum vocatur donum intellectus. *S. Th.*, 2.º 2, q. 8, art. 1.

2. Intellectus virtus est habitus naturalis primorum principiorum cognoscitivus, quæ per se naturaliter cognoscuntur. Intellectus donum est habitus primorum principiorum cognoscitivus non naturalis, sed gratuitus, aliter tamen quam fides. *S. Anton.*, 17 p., tít. XI.

que no puede existir sin la gracia santificante. Así, el pecador que conserva la fé, puede comprender las verdades que cree, pero no las comprende plenamente, ni las penetra (1)."

Por lo que hace al hombre que está en gracia, puede quedar en cierta oscuridad sobre las verdades no necesarias para la salvacion; pero respecto á las necesarias, el Espíritu Santo le da siempre el entendimiento suficiente. Este límite señalado al don de inteligencia, es muchas veces un beneficio de la sabiduría divina, que quiere alejar de este modo, ó hacer imposibles las tentaciones del orgullo (2).

Se diferencia del don de ciencia. El don de ciencia se opone a la ignorancia, ante la cual la verdad es como si no fuera; y el don de inteligencia se opone á la cortedad del entendimiento obtuso que se para en la superficie de las cosas sin penetrar el fondo. El objeto principal del don de ciencia es hacer distinguir con seguridad entre la verdad y el error; pero el don de entendimiento nos hace penetrar, hasta en sus profundidades, la verdad que el don de ciencia nos ha mostrado despegada de toda mezcla (3). Y así, por la fé tiene el hombre el conocimiento de la verdad, por el don de ciencia, la certidumbre razonada; por el don de entendimiento, la comprension y cierta especie de intuicion incoada.

2º ¿Cuáles son los efectos del don de entendimiento?

1. *Quamvis peccatores habentes fidem, intelligant ea quæ proponuntur credenda, non tamen plene intelligunt, neque penetrant. Vig., c. xiii, et S. Anton, ubi supra.*

2. *Vig., ubi supra.*

3. *An hoc quod intellectus humanus perfecte assentiat veritati fidei, duo requiruntur: quorum unum est quod sane capiat ea quæ proponuntur, quod pertinet ad donum intellectus. Aliud est ut habeat certum et rectum iudicium de eis... et ad hoc necessarium est donum scientiæ S. Th, 2. 2, q. 9, art. 1.*

Igualmente que los otros dones del Espíritu Santo, este del entendimiento es especulativo y práctico; conviene á saber, dice relacion á las verdades que se han de creer y á los deberes que se han de practicar. "El don de inteligencia, enseña la teología, no se aplica solamente á las cosas que primitiva y principalmente son objeto de la fé, sino tambien á los que tienen relacion con ella, como son las buenas obras que se relacionan íntimamente con la fé, toda vez que ésta obra por la caridad.

"Por esto el don de inteligencia se extiende á los actos, en cuanto estos deben ser conformes á las leyes eternas cuyo sentido y extension no puede la razon sola penetrar como conviene. Indudablemente, la razon humana dirige al hombre en los actos humanos; mas la regla de los actos humanos no es la razon sola, sino tambien la razon eterna que excede á toda razon creada. Luego el conocimiento de los actos, en cuanto deben ser regulados por la razon divina, sobrepuja á la razon humana y reclama imperiosamente la luz sobrenatural del don de inteligencia (1)."

De aquí resulta, que este don obra sobre el entendimiento y sobre la voluntad. ¿Queremos saber lo que hace en el entendimiento? Tres luces nos iluminan: la razon, la fé, el don de inteligencia. La razon es una lámpara sepulcral que no proyecta más que una luz dudosa, apenas suficiente para abrirse paso al través de la oscuridad de la noche y permitirnos entrever los objetos más cercanos. La fé es una antorcha más luminosa, que brilla en las tinieblas, pero cuyos rayos no iluminan más que imperfectamente un horizonte limitado (2). El don de entendimiento es el sol que

1. *S. Th. 2. 2. q. 8, art. 3; et S. Anton, ubi supra.*

2. *...Cui benefacitis attendentes quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco donec dies elucescat. II Petr., 1, 19.*

disipa las tinieblas y las nubes, é ilumina hasta las cosas más lejanas, por encima de sí y al rededor de sí.

¿Será necesario hacer notar la diferencia de estas tres luces? Si entro en una habitacion con una luz, distingo, pero con trabajo, los objetos que en ella se encuentran. Si entro con una antorcha más luminosa, veo los objetos con menos trabajo, pero imperfectamente. Si entro en pleno medio dia, veo todos los objetos perfectamente en toda su hermosura y sin trabajo alguno.

¿Cuáles son los objetos que el don de entendimiento hace brillar á nuestra vista? No son otros que la verdad en todos sus órdenes, y en todas sus fases; la verdad en el órden religioso. La Escritura la sostiene, pero cubierta con velos, que el don de entendimiento tiene poder de levantar ó de hacerlos transparentes. Así, los apóstoles, antes de la ascension de su Maestro, tenían la razon y la fé, y sin embargo no entendian las Escrituras. El primer beneficio de Nuestro Señor Jesucristo, despues de su resurreccion, fué abrirles el espíritu, á fin de dar lugar al don de entendimiento, para cuando viniese el dia de Pentecostés á comunicarles el conocimiento claro y como la vision de la verdad oculta en los divinos oráculos (1).

El Espíritu de entendimiento descendió al alma tenebrosa de los pescadores de Galilea, y se convirtieron en ingenios de primer órden, en soles resplandecientes cuyos rayos iluminan el mundo entero. Ved sino, con qué maravillosa facilidad Pedro, apenas salido del Cenáculo, lee á los Judíos las Escrituras y les muestra por doquiera el Verbo, redentor de Israel y de los gentiles, nombrado en las promesas,

1. Nondum enim sciebant Scripturas. *Joan.*, xx, 9.—Tunc aperuit illis sensum ut intelligerent Scripturas. *Luc.*, xxiv, 45.—Quum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem. *Joan.*, xvi, 13.

oculto bajo las figuras, anunciado en las profecias, preparado por todos los acontecimientos.

Ante él desarrolla el magnífico cuadro de los misterios del reino de Dios, cuyos ángeles mismos no tenían de él hasta entonces sino un conocimiento imperfecto, y ofrece á la contemplacion de sus oyentes este cuadro radiante de luz y de belleza. Estos, á su vez, iluminados por el don de entendimiento, entienden lo que hasta entonces no habian entendido, ven lo que hasta entonces no habian visto, y con el entusiasmo del amor abrazan la verdad, á la manera que, despues de una larga ausencia, abraza el hijo á su querida madre de la cual nada puede ya separarlo (1).

Lo que aconteció á los apóstoles, sucede respecto al cristiano. Puede tener la fe; mas si ha perdido por el pecado mortal el don de entendimiento, la Escritura santa con todos sus tesoros de verdad, con todas sus bellezas y todas sus luces, es para él un libro cerrado. Lee la letra que mata, pero se le escapa el espíritu que vivifica. Hieren sus ojos algunos rayos esparcidos, pero no ve el foco. La lectura misma de este libro bajado del cielo, le hastia y lo fatiga.

Lo mismo sucede con otros preciosos depósitos, en los cuales se contiene la verdad. Estos son, el magisterio de la Iglesia, las obras de teología y de filosofia cristiana, los sermones, el mundo físico y los sucesos de la historia. Pues bien, sin el don de entendimiento estos depósitos de verdad apenas están entreabiertos, y las verdades que encierran son muy mal conocidas y mucho menos entendidas, muy poco admiradas y todavía menos amadas (2).

1. Véase *Rupert, ubi supra: De dono intellectus*.—Qui piscatorem Spiritu suo docuit sapere et dicere: In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. *S. Aug., De civ. Dei*, lib. X. c. xxxix.

2. Et erat verbum istud absconditum ab eis. *Luc.*, xviii, 34.

Pero sobreviene el espíritu de entendimiento y todo se ilumina. El Antiguo y el Nuevo Testamento se abren hasta sus profundidades, y permiten contemplar los misterios del Verbo que era, en la Ley como en el Evangelio, el Alfa y Omega de todas las cosas. El símbolo católico, el Decálogo y los Sacramentos aparecen como el cuerpo de doctrina más noble, mejor relacionado y más perfecto que el hombre haya conocido jamás.

La teología resplandece como la reina de las ciencias, digna del estudio y de las preferencias de todo espíritu serio. Sigue sus huellas la filosofía cristiana, su hija primogénita, cuyas enseñanzas no son menos necesarias á los reyes para el gobierno de sus pueblos, que á los mismos súbditos para el arreglo de su vida. Los sermones, los catecismos, las instrucciones religiosas, sea cualquiera la forma que revistan, no son ya vanos sonidos que hieren los oídos del cuerpo sin llegar al oído del corazón. Dentro del alma está el Espíritu de entendimiento que se los traduce a cada uno, se los hace entender, gustar, retener y practicar, según aquellas palabras del Apóstol: Todos serán enseñados por Dios: *Erunt omnes docibiles Dei.*

Escudriñador de los misterios más profundos del mundo sobrenatural, el Espíritu de entendimiento no escudriña menos y descubre los secretos del mundo físico. Para quien está dotado de él, el universo material es lo que debe ser, lo que es en realidad, un velo diáfano echado sobre el mundo espiritual, una irradiación de lo invisible; un espejo en el que se reflejan el poder, la sabiduría, la bondad, la eternidad, la divinidad del Criador; un libro escrito por dentro y por fuera, que enseña á todos los beneficios de Dios y los deberes del hombre.

Por lo que hace á los sucesos de la historia, lo mismo que

á las criaturas materiales, no tienen oscuridad alguna para el Espíritu de entendimiento. Abrazando de un solo golpe de vista el trascurso de los tiempos, ve todo el período anterior al Mesías, con la formación y caída de sus grandes imperios, con sus guerreros, sus batallas, sus revoluciones incesantes, sus movimientos tan variados y tan profundos, resumiéndose en esta sola frase: Todo para que nazca Jesús en Belén.

No menos luminoso se presenta el período posterior á la venida del Deseado de las naciones. Con todos los sucesos prósperos y adversos que comprende, se traduce por esta sola frase: Todo para establecer, conservar y propagar el reino del Rey inmortal de los siglos. Y el fin de este reino no es otro que la deificación del hombre en la tierra y su glorificación en la eternidad.

El don de entendimiento no obra únicamente sobre la inteligencia; obra también sobre la voluntad. Ahora bien, los movimientos de la voluntad están en razón directa de las luces del espíritu. Tanto más claramente ve el espíritu una cosa, cuanto el corazón está más inclinado, es decir, dispuesto á amarla ó á temerla. La religión, como obra divina, no tiene oscuridad para el alma que está en posesión del don de entendimiento. Los fundamentos del edificio están á la vista. Sin comprender la naturaleza de los misterios, ve su necesidad y el lugar que ocupan; ve los hechos y la razón de los hechos, la armonía de los medios con el fin, y el majestuoso conjunto que de todo ello resulta. La fe se le hace tan fácil, que casi no tiene mérito en creer; tan clara, que no se explica cómo no ven otros lo que ella ve; tan firme que no hay nada capaz de hacerla vacilar.

Por más que el demonio armado de engaños, el sofista con sus mentiras y el mundo con sus escándalos, pretendan ar-